

## Riqueza y campos de golf

JUAN ANTONIO GÓMEZ NEGRILLO  
MIEMBRO DE SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ORNITOLOGÍA

POR costumbre, abro el periódico todos los días buscando el artículo de Teodoro León Gross. Una costumbre que se basa en el respeto a la opinión de alguien que entiende en muchas ocasiones las cosas desde un prisma que siento cercano al mío, o que es capaz de enseñarme un punto de vista sobre algún tema desde el que no se me había ocurrido mirar las cosas. Aprender de la opinión de otros, incluso desde la disidencia, es una regla de la que parece que nos hemos olvidado. Una regla por otro lado, esencial en una sociedad en la que la teoría dice que todas las voces deben ser escuchadas.

Con esa actitud de respetuosa disidencia no puedo evitar dar vueltas al artículo de opinión del día 13/04/2005, 'Golfos del golf', en el que analizaba, con acierto, la relación entre campos de Golf y Urbanismo. No obstante, citaba en su artículo que los ecologistas y la izquierda dura se habían convencido de *«que los campos tienden a usar agua reciclada e incluso pueden contribuir a asentar especies autóctonas»*. Creo que en ese sentido el análisis de León Gross se desvía de cual debería ser el punto central del debate sobre la construcción de campos de Golf. En ese cruce de caminos entre su opinión y la mía me gustaría aportarle que punto de vista creo yo que es central en este debate, el que considero importante.

Desde luego en torno al tema del agua poco más cabe decir que no diga la frase, dado el verbo que se usa. Tienden. Es evidente que lo ideal será que estas estructuras en un futuro, esperemos que lo más próximo posible, se rieguen con agua reciclada. Otra cosa es la realidad actual, en la que no se da tal caso. Al menos no en el mayor porcentaje de ellos.

En cuanto a si los campos son o no atractores de especies autóctonas o favorecen o no su asentamiento creo que es polémica estéril. El problema del campo de golf no es ese, el problema de los campos de golf proyectados en la provincia es dónde se quieren construir. Porque ese donde implica sustituir territorios ocupados por ecosistemas con altos grados de madurez o donde hay constancia de una alta diversidad de especies y entiendo que esta es una decisión claramente errada.

Y hay una serie de elementos que nos pueden ayudar a tener una medida de ese error: en primer lugar el desastroso efecto que sobre los flujos de nutrientes, recursos y especies tiene la fragmentación del territorio, más cuando esta se hace con poco o escaso conocimiento de las relaciones que construyen y mantienen vivos esos ecosistemas. Dicho de un modo simple, partir en trozos el territorio, insertando en medio de los ecosistemas que lo constituyen un campo de golf, puede ser un sentencia de muerte, no ya sólo para el terreno que el campo ocupa, sino también para los que lo rodean, una especie de efecto multiplicador pernicioso que empobrece el territorio hasta límites que actualmente no estamos en condiciones de valorar con precisión, al menos, a priori. En ese sentido sería quizás conveniente que empecemos a comprender que el territorio, mas que simple suelo, es un tejido vivo, un tejido al que infringimos un fuerte impacto sustituyendo altos niveles de biodiversidad que suelen estar asociados a los ecosistemas autóctonos, por un territorio homogéneo, prácticamente urbanizado, en el que sólo es posible la

presencia de algunas especies que se han adaptado, por necesidad, a la presencia humana e incluso vienen medrando con ella.

En segundo lugar, debemos aceptar que hoy por hoy carecemos de herramientas y modelos de toma de decisiones capaces de valorar acertadamente la pérdida de valor social, público y de otra índole que representa la destrucción de los ecosistemas. Esta carencia nos llevará en la mayoría de los casos a subestimar los costes asociados, aunque en cualquier caso y a la luz de lo que opinan los expertos, la lógica este empezando a decirnos que en general, la opción de sustituir espacios de alto valor ecológico por campos de golf no sólo no es rentable desde un punto de vista público, sino que además puede estar representando una decisión con una alta carga de egoísmo: los efectos perniciosos asociados a esas decisiones quizás las acaben sufriendo las siguientes generaciones, de este modo lo que hacemos es trasladar unos costes difíciles de asumir hacia el futuro. Altos costes futuros frente a beneficios instantáneos hoy, no parece un binomio muy acertado. Ya lo probamos en su día urbanizando la costa hasta el último milímetro y mucho me temo que esta generación empiece a descontar los costes asociados a este error estratégico.

Por desgracia, la mayor parte de proyectos de campos de golf con los que nos encontramos están amenazando territorios que en la actualidad ocupan ecosistemas que son tremendamente valiosos, algunos de ellos ejemplos únicos de una vegetación, fauna y paisaje, que ocupaba enormes extensiones de terreno y de la que hoy sólo nos quedan escasos ejemplos: Ronda, Gaucín, Antequera, Archidona, Manilva, son sólo algunos de ellos, con lo que en tales casos a lo que nos estamos enfrentando es al dilema de explotar una riqueza cuyo valor desconocemos desde un punto de vista cuantitativo y siempre bajo el modelo de la destrucción de unos recursos que son, no lo olvidemos, irremplazables. ¿Estamos realmente construyendo riqueza? Yo creo que ese es el punto central del debate. Además creo que es importante señalar que si se analizan con meticulosidad gran parte de los proyectos denominados de 'campos de golf' con lo que subyace al final son proyectos de grandes urbanizaciones en 'medio del campo', un problema que se resalta con gran acierto en el artículo de Teodoro León Gross. Así, se introduce en la valoración que se podría hacer del proyecto un elemento más que da bastante que pensar: a fin de cuentas, el campo de golf se acaba convirtiendo en un proyecto que explota y destruye recursos de todos para generar beneficios privados.

En todo caso también dejaría de un lado los falsos tópicos o las etiquetas: cuando me levanto por la mañana y me miro al espejo no veo a un 'ecologista', todo lo más una persona la mar de común, eso sí, convencida de que tomar decisiones acertadas hoy es una de las mejores formas de garantizar un futuro. Y para eso, lo mejor es trabajar con elementos objetivos y dejar de un lado los dogmas, las creencias vacías y los falsos enfrentamientos. A estas alturas de siglo empezamos a tener conocimiento, algo incierto todavía, de las consecuencias que puede tener a medio plazo para la vida en este planeta haber estado tomando decisiones de consumo de recursos naturales claramente desquiciadas. Por ignorancia quizás. Creo que no es mal momento para empezar a pensar que tenemos un importante trabajo por delante, y este no consiste ya sólo en conservar, sino que tendremos que reconstruir una parte importante de lo destruido. Mira por donde, en ese sentido si que me siento 'ecologista'. Claro que bajo esas premisas, ¿quién no se sentiría?